



Labitolosa, una ciudad romana con dos edificios termales

Por Ángeles MAGALLÓN BOTAYA. Profesora titular de Arqueología de la Universidad de Zaragoza y directora de las investigaciones arqueológicas en Labitolosa

Los monumentos relacionados con el agua, junto con las calzadas, constituyen los vestigios más relevantes que nos ha legado el mundo romano. En las numerosas ciudades romanas que conocemos se conservan vestigios de obras públicas y privadas relacionadas con el agua. El agua era un elemento empleado en las viviendas y en las industrias, y muy importante como base de la higiene personal y pública, factor relevante en la seguridad de las ciudades. El agua destaca en el mundo romano como proporcionadora de placeres; en las viviendas como ornamento en las diferentes estancias y de sus jardines, y en lo placentero de su uso en los baños y termas tanto públicos como privados. Los romanos alcanzaron grandes cotas en el uso y

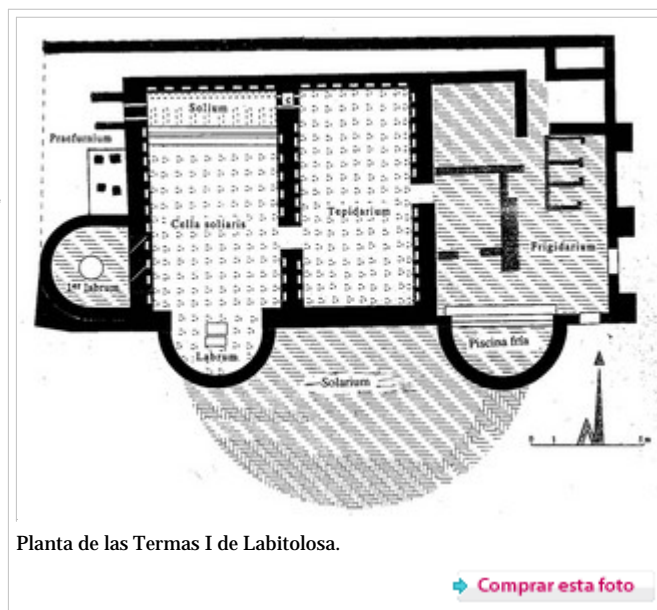
dominio del agua, y así podemos decir que fueron uno de los primeros ingenieros de la Historia que dominaron el líquido elemento. Todos conocemos las complejas instalaciones hidráulicas para el almacenamiento de la misma en presas, para su posterior distribución mediante los acueductos y las conducciones de aguas para abastecer a las viviendas y edificios públicos.

Fue tal la relevancia del agua en Roma que podemos hablar del agua y el poder, del uso que hicieron los poderes públicos construyendo acueductos, financiando los mismos como obras de mecenazgo, regalando al pueblo dichas construcciones, en definitiva, utilizando estas obras públicas como espejo del poder que alcanzaron algunos emperadores.

En Aragón contamos con numerosos testimonios que nos hablan de la preocupación que el almacenamiento, distribución y usos del agua producían en los romanos. Son notables las presas romanas de Almonacid de la Cuba, Muel, Los Bañales de Uncastillo, Muniesa, etcétera, los magníficos restos de los acueductos de Los Bañales de Uncastillo, el acueducto, en gran parte subterráneo, de Albarracín, las referencias de la inscripción procedente de Agón a un canal *-rivvs hiberensis-*, etcétera... Además hallamos en las ciudades romanas los vestigios de numerosas cisternas, como en *Bilbilis*, en la que hay contabilizadas casi cien, que nos hablan de la preocupación de sus habitantes por almacenar hasta la última gota de agua, o de termas monumentales como las instalaciones de San Juan y San Pedro en *Caesaraugusta*.

En la ciudad hispanorromana de Labitolosa hemos hallado los vestigios que relacionan el agua con los placeres y la higiene personal. Conocemos dos edificios termales que nos permiten afirmar que los habitantes de Labitolosa conocían, al igual que los restantes habitantes del Imperio romano, las satisfacciones que producen el uso de las termas.

No siempre el mundo romano dispuso de grandes termas para uso público. Los primeros baños públicos recibieron el nombre de *balnea*, eran unos establecimientos destinados únicamente a bañarse, con exclusión de cualquier otra actividad deportiva o cultural. Más tarde se van dotando de calefacción y van aumentando el número de actividades y estancias en las mismas. Estas grandes construcciones se desarrollan sobre todo a partir del periodo que llamamos imperial, es decir desde el siglo I d.C., alcanzando en la capital de Roma construcciones de una grandiosidad que todavía nos asombra, como es el caso de las famosas termas de Caracalla que tenían 140.000 m² o las de Diocleciano, que podían ser utilizadas por más de 3.000 personas al día y tenían una superficie de 150.000 m².



Planta de las Termas I de Labitolosa.

[Comprar esta foto](#)

En la ciudad de Labitolosa, cuyos habitantes trataban de emular las formas de vida romanas, también se construyeron unas termas, lógicamente más modestas, tienen unos 300 m², y sus habitantes debieron sentirse profundamente romanos, ya que financiaron la construcción de dos edificios termales, dotándolos de elementos ornamentales y técnicos de gran interés.

LOS SISTEMAS DE CALEFACCIÓN Y AGUA CALIENTE EN LAS TERMAS

Uno de los placeres que ofrecen las termas romanas es la posibilidad de su uso a lo largo de todo el año, ya que las mismas estaban dotadas de unos sistemas de calefacción y agua caliente que permite su disfrute sin tener en cuenta la climatología.

En los dos edificios termales de Labitolosa hallamos los sistemas de calefacción descritos por el famoso Vitrubio. Así, por ejemplo, el agua se conducía por una red de tuberías de plomo o arcilla (hemos encontrado vestigios de ambas) directamente a las fuentes o piscinas de las salas frías y a los depósitos secundarios instalados junto al horno de donde pasaba a las calderas y se calentaba. En Labitolosa se conservan, en bastante buen estado, las instalaciones de los *praeurnia* u hornos de las termas. Se trata de unas estancias situadas en uno de los extremos de la edificación, constan del horno propiamente dicho, sobre el que se colocaba la caldera de bronce, para calentar el agua. Junto al mismo se colocan unos depósitos o calderas adicionales en las que el agua se iba templando. Es decir, para mantener la regularidad de la producción de agua caliente ahorrando energía, se cuidaba de introducir en la caldera agua templada, haciéndola primero pasar por calderas intermedias colocadas no lejos del fogón, del que aprovechan la irradiación indirecta. Además la energía que desprende el horno permite calentar el aire que luego circula por los hipocaustos y las paredes huecas que calientan y templan las diferentes estancias de las termas.

No había ningún despilfarro de energía, ya que era complejo el mantener el agua caliente y la temperatura agradable en los edificios termales, pensemos en la gran cantidad de leña necesaria para mantener los fogones y las personas destinadas a estos menesteres. En Labitolosa se conservan unos espacios situados junto al horno, que con seguridad servían de leñeras.

EL ITINERARIO DEL BAÑO

En el mundo romano la gente acudía a los baños tanto para lavarse como para mantener el equilibrio físico y procurarse un placer, dialogando, intercambiando opiniones con los restantes usuarios, etcétera... Las personas pasaban en primer lugar por el *apodyterium* o vestuario, en donde se depositaba la ropa en unas hornacinas, o las cuidaba un esclavo -el que lo tuviera-. Los hombres y las mujeres compartieron las termas, en algunos momentos las utilizaron conjuntamente, aunque se fue imponiendo el uso limitado a hombres o mujeres, abriendo a horas distintas, por ejemplo por la mañana los hombres y por la tarde las mujeres. Hubo momentos en que algunas termas eran mixtas, tal y como nos describen Marcial, Quintiliano, ofreciendo sutiles críticas a estos usos mixtos y a las situaciones que se creaban. El Emperador Adriano reglamentó el sistema imponiendo horarios diferentes, otros emperadores dictaron normas para el uso mixto y por fin en el año 320 d.C. en el Concilio de Laodicea se prohíbe el uso de las termas a las mujeres. En Labitolosa no se planteó este problema, ya que la ciudad se abandona prácticamente en el siglo III, es decir, en el año 200 comienza la decadencia de la misma y la ruina de sus monumentos, por lo que las mujeres de Labitolosa pudieron utilizar las termas sin impedimentos.

En todo caso y cualesquiera que fuesen las reglas y condiciones de apertura de los baños públicos, los clientes iban primero a sentarse en los bancos de la sala templada llamada *tepidarium*, donde había una temperatura de unos 20 a 30 grados. Una vez comenzada la transpiración, el bañista pasaba a una sala llamada *caldarium*, en la que la temperatura alcanzaba los 50 grados con una humedad del 80%. En Labitolosa se conservan estas dos estancias, aunque en termas más grandes y complejas había otras habitaciones como el *laconicum*, *sudatorium*, etcétera. En el llamado *caldarium*, las termas de Labitolosa conservan una piscina con agua caliente, que debía estar a unos 40 grados, llamada *solium* o *alveus*, allí es donde se lavaban, quitándose la mugre frotándose con un raspador llamado estrígil. Para hacer frente al calor, el bañista se dirigía al llamado *labrum*, pila o bañera con agua fría y se refrescaba. Una vez terminadas estas abluciones, los bañistas regresan al *tepidarium* y luego al *frigidarium*, o sala fría, en donde hay una piscina de agua fresca. En Labitolosa, a tenor de los restos conservados, podemos decir que sus habitantes se calentaban en la sala tibia, se lavaban luego con agua caliente y se bañaban por último en agua fría. La piscina de agua fría de Labitolosa estaba decorada con una cúpula en forma de concha marina y tenía dos escalones en los que con seguridad los bañistas se sentaban. En el exterior, una palestra o pequeño *solarium* permitía realizar ejercicios físicos al aire libre.

Las termas romanas constituían un elemento vital en la vida de las ciudades en torno a las mismas bullían los comerciantes, mercachifles especializados en perfumes y ungüentos, vendedores de bebidas y comidas, alquiladores de toallas, sandalias, negociantes, comediantes, esclavos, prostitutas, deportistas, jóvenes ociosos, ladrones, etcétera... un mundo variopinto y multicolor que nos ofrece una idea de la relevancia de las termas dentro de las actividades urbanas. Al penetrar en las termas los usuarios encontraban un olor a humo, vapores, sudor, perfumes, aceites, etcétera... y la presencia de hombres o mujeres vestidos o semidesnudos que descansaban tras el ejercicio físico o deambulaban por placer tras tomar un baño y untarse con cremas y perfumes.

En definitiva, los habitantes de nuestra pequeña ciudad contaron con dos edificios termales, lo que les igualó al resto de los

ciudadanos romanos. Los labitolosanos acudían en gran número a la hora octava del día, después del trabajo, pagando una módica cantidad por entrar en las termas y procedían a disfrutar abandonándose en las diferentes salas, gozando de las infinitas posibilidades de placer que se producían en los edificios termales.